

de la virtud y de la felicidad y la reclama. Sin duda esta armonía parece ya en el mundo visible, en las consecuencias naturales de las buenas y de las malas acciones, en la sociedad que castiga y recompensa, en la estimación y el menosprecio público y sobre todo, en la alegría y en la turbación de la conciencia. Alguna vez esta ley necesaria del orden moral no parece cumplirse exactamente; ella debe serlo no obstante, ó el orden moral no queda satisfecho y la naturaleza mas íntima de las cosas permanece violada, turbada, pervertida. Es preciso, pues, que haya un sér que se encargue de cumplir en un tiempo que él se reserva y de la manera que á él le convenga, el orden cuya inviolable necesidad ha puesto en nosotros, este sér es Dios.

Así, de todas partes, de la metafísica, de la estética, y sobre todo, de la moral, nos elevamos al mismo principio, centro común, fundamento último de toda verdad, de toda belleza y de todo bien. Lo verdadero, lo bello y lo bueno no son sino manifestaciones diversas de un mismo sér. La inteligencia humana interrogada acerca de todas estas ideas que existen incontestablemente en ellas, nos dá siempre la misma contestación, nos envía siempre á una explicación única; á Dios.

Hemos, pues, llegado, de grado en grado á la religión. Nos encontramos en comunicación con los grandes sistemas filosóficos que proclaman un Dios, y al mismo tiempo con las religiones que cubren la tierra, con la religión cristiana que alimenta é instruye á la sociedad moderna. Mientras que la filosofía no ha llegado á la religión, y por ella entendemos, no la religión á la cual el hombre puede llegar en

ese estado hipotético que se llama estado de naturaleza, sino á la religión que nos revela la luz natural concedida á todos los hombres; la filosofía, repetimos, permanece por debajo de todos los cultos, aun los mas imperfectos, los cuales al menos dan al hombre un padre, un testigo, un consolador, un juez. Una verdadera teodicea adquiere de algun modo, de todas las creencias religiosas, su común principio, y lo devuelve rodeado de luces, elevado por encima de toda incertidumbre y colocado al abrigo de todo ataque. La filosofía puede entonces á su vez presentarse al género humano; ella tiene derecho á su confianza porque le habla de Dios en nombre de todas sus necesidades y de todas sus facultades, en nombre de la razón y en nombre del sentimiento. Advertid que hemos llegado á estas grandes conclusiones sin ninguna hipótesis, con la ayuda de procedimientos á la vez muy sencillos y perfectamente rigurosos. Habiendo sentado verdades de diferente orden que no se bastan á ellas mismas, nos hemos remontado de estas verdades á su autor, de la misma manera que se va del efecto á la causa, del signo á la cosa significada, del fenómeno al sér, de la cualidad al objeto. Estos dos principios que todo efecto supone una causa y que toda cualidad supone un objeto, son principios universales y necesarios. Ellos han sido esclarecidos completamente por nosotros, y demostrados de la manera que pueden serlo los principios no demostrables, puesto que son primitivos. Además, estos principios necesarios ¿á que se aplican? A verdades metafísicas y morales, necesarias también. Se vé, pues, que nos ha sido preciso deducir la existencia de una causa y de un sér



necesario, ó bien negar, ya la necesidad del principio de la causa y del principio de la sustancia, ya la necesidad de verdades á las cuales lo habíamos aplicado, es decir, renunciar á todas las nociones del sentido comun, porque lo que compone el sentido comun son, precisamente, estos principios y estas verdades con su carácter de universalidad y de necesidad.

No solamente es cierto que todo efecto supone una causa, y toda cualidad un sér, sino que lo es igualmente que un efecto de tal naturaleza supone una causa de la misma naturaleza, y que una cualidad ó un atributo señalado con tal ó cual carácter esencial, supone un sér en el cual se encuentre eminentemente este mismo carácter. De donde se sigue, que nosotros hemos deducido muy legitimamente, de la verdad una causa y una sustancia inteligente, de la belleza un sér soberanamente bello, y de una ley moral, compuesta á la vez de justicia y de caridad, un legislador soberanamente justo y soberanamente bueno.

Nosotros no nos hemos valido de la geometría y del álgebra en la teodicea, como muchos filósofos de los mas ilustres. Nosotros no hemos deducido los atributos de Dios, los unos de los otros, como se convierte en los diferentes términos de una pasión, ó como de una propiedad del triángulo se deducen sus otras propiedades; lo que dá por resultado un Dios abstracto, bueno quizá para satisfacer el espíritu de escuela, pero que no basta al género humano. Nosotros hemos dado á la teodicea mas sólido fundamento, la psicología. Nuestro Dios, es sin duda también el autor del mundo, pero es sobre todo el padre de la humanidad; su inteligencia es la nuestra, á la cual se añade la ne-

cesidad de la esencia y de la potencia infinita. Igualmente nuestra justicia y nuestra caridad, referidas á su inmortal ejemplar, nos dan una idea de la justicia y de la caridad divinas. Hé aquí un Dios real con el cual podemos sostener una relacion real tambien, que podemos comprender y sentir, y que, á su vez, puede comprender y sentir tambien nuestros esfuerzos, nuestros sufrimientos, nuestras virtudes, nuestras miserias. Hechos á su imájen, conducidos hasta él por un rayo de su sér, existe entre nosotros un vínculo vivo y sagrado. Nuestra teodicea, se halla pues, á un mismo tiempo, exenta de hipótesis y de abstraccion. Preservándonos de la una, nos hemos preservado de la otra. No consintiendo en reconocer á Dios, sino en esos señales visibles á los ojos, é inteligibles al espíritu, es como, con testimonios infalibles, nos hemos elevado hasta él. Por una consecuencia necesaria, partiendo de efectos y de atributos reales, hemos llegado á una causa y á una sustancia real; á una causa, conteniendo todos sus efectos esenciales, y á una sustancia rica en atributos. Admiro la locura de aquellos que, para conocer mejor á Dios, le consideran en su esencia pura y absoluta, desembarazado de toda determinacion limitativa. Yo creo haber estirpado de raíz semejante estravagancia. No, no es verdad que la diversidad de las determinaciones, y por consiguiente de las cualidades y de los atributos, destruya la unidad absoluta de un sér. La prueba infalible no es la menor del mundo, alterada por la diversidad de mis facultades. No es verdad que la unidad escluya la multiplicidad, y la multiplicidad la unidad, porque la unidad y la multiplicidad van unidas á mí. ¿Por qué, pues, no deben estarlo en Dios?



hay mas; lejos de alterar la unidad en mí la multiplicidad la desarrolla y hace aparecer en ella la fecundidad. Asimismo, la riqueza de las determinaciones y de los atributos de Dios, lejos de serle un límite, es precisamente el signo de la plenitud de su sér. Descuidar sus atributos, es, pues, empobrecerle; aun no decimos bastante, es anonadarle, porque un sér sin atributos no existe, y la abstraccion del sér humano ó divino, finito ó infinito, relativo ó absoluto, es la nada.

La teodicea tiene sus escollos; el uno, que acabo de señalaros, es la abstraccion, el abuso de la dialéctica y constituye el vicio de la metafísica. Al esforzarse en evitar este escollo, se corre riesgo de ir á estrellarse contra el escollo opuesto; me refiero á ese espanto del razonamiento que se extiende hasta la razon; á ese predominio excesivo del sentimiento que, desarrollando en nosotros las facultades afectuosas á espensas de todas las otras, nos arroja en un antropomorfismo sin critica, y nos hace instituir con Dios un comercio íntimo y familiar en el que nosotros solemos olvidar demasiado la augusta majestad del sér divino. El alma, tierna y contemplativa, no puede ni amar ni contemplar en Dios la necesidad, la eternidad, la infinitud que no caen bajo el dominio de la imaginacion y del corazon, pero que se conciben solamente. Ella las desprecia, pues; no estudia á Dios en las verdades de toda especie, físicas, metafísicas y morales, y considera en él los caractéres, á los cuales se une la afeccion. En la adoracion, Fenelon desecha todo temor, para no dejar subsistir sino el amor, y madame Guyon acaba por amar á Dios como á un amante.

Se evitan estos excesos contrarios de un sentimen-

talismo refinado y de una abstraccion quimérica, teniendo sin cesar presente en el pensamiento la naturaleza de Dios por la cual escapa á toda relacion con nosotros la necesidad, la infinitud, la eternidad, y al mismo tiempo, aquellos de sus atributos que son nuestros propios atributos.

Yo no puedo concebir á Dios sino en sus manifestaciones por los señales que me dá de su existencia, así como no puedo concebir un sér que por sus atributos, una causa por sus efectos, y así como yo mismo no puedo conocerme sino por el ejercicio de mis facultades. Quitando las facultades y la conciencia que me las atestigua, ya no soy yo mismo. Otro tanto sucede con Dios; quitad la naturaleza y alma y todo señal desaparece. Es, pues, preciso buscar en la naturaleza y en el alma aquello mediante lo cual puede encontrarsele.

El universo que comprende la naturaleza y el hombre, manifiesta á Dios. ¿Es decir con ello que lo absorbe? De ningún modo. Consultemos siempre la psicología. Yo no me conozco sino por mis actos; esto es cierto, y no lo és menos que todos mis actos no absorben ni aun igualan mi poder y mi sustancia; porque mi poder, el de mi voluntad, al menos, puede añadir un acto á todos los que ha producido ya y tiene la conciencia de contener en sí de qué ejercitarse todavía. Lo mismo debe decirse de Dios y del mundo, estas dos cosas en apariencia contrarias. Nosotros no conocemos á Dios sino por el mundo y Dios es esencialmente distinto y diferente del mundo. La causa primera, como todas las causas, no se manifiesta sino por sus efectos; no puede concebirse sino por ellos y los excede con igual diferencia que se-



para el creador de la cosa creada, lo perfecto de lo imperfecto. El mundo es indefinido, no infinito, porque cualquiera que sea su cantidad el pensamiento puede aumentarla. A los millares de mundos que componen la totalidad del mundo, se pueden añadir otros mundos nuevos. Pero Dios es infinito, absolutamente infinito en su esencia y repugna que una serie indefinida iguale á lo infinito; porque lo indefinido no es otra cosa que lo finito mas ó menos multiplicado y pudiendo siempre serlo. El mundo es un todo que tiene su armonía, porque Dios no es posible que realice sino obras completas y armoniosas. La armonía del mundo responde á la unidad de Dios, como la cantidad indefinida es el señal defectuoso de la infinidad de Dios. Decir que el mundo es Dios es no admitir sino el mundo y negar á Dios. Dad á esto el nombre que os plazca, en el fondo siempre será el ateísmo. Por otra parte, suponer que el mundo excluye á Dios y que Dios está separado del mundo, es una abstracción insoportable y casi imposible. Distinguir no es separar. Yo me distingo, pero no me separo de mis cualidades ni de mis actos. Del mismo modo, Dios no es el mundo aunque se halle por todas partes presente en espíritu y en verdad.

Tal es nuestra teodicea: ella rechaza los excesos de todos los sistemas y contiene, al menos así lo creemos, todo cuanto en ellos hay de bueno. Admite á la vez un Dios personal y un Dios necesario eterno é infinito. En presencia de dos sistemas opuestos: el uno que para ver y sentir á Dios en el mundo lo absorbe en él, y el otro que, para evitar esta confusión, lo relega á una soledad inaccesible, les da á ambos una justa satisfacción ofreciéndoles un Dios

que existe, en efecto, en el mundo, puesto que el mundo es su obra, pero sin que su esencia se halle por él absorbida, un Dios que es juntamente unidad absoluta y unidad múltiple, infinito y vivo, inmutable y principio del movimiento, suprema inteligencia y suprema verdad, soberana bondad y soberana justicia, delante del cual el mundo y hombre son como la nada y que por tanto se complace en el mundo y en el hombre, sustancia eterna y causa inagotable, impenetrable y por todas partes sensible, á quien es preciso buscar en la verdad, admirar en la belleza, imitar á una distancia infinita en la bondad y en la justicia, venerar y amar, estudiar sin cesar con un celo infatigable y adorar en silencio.

Condensemos este resumen. Hemos partido de la observación de nosotros mismos para preservarnos de la hipótesis, y hemos encontrado en la conciencia tres órdenes de hechos. Les hemos dejado á cada uno su carácter, su rango, su aspecto y sus límites. La sensación nos ha parecido la condición indispensable, pero no el fundamento del conocimiento. La razón es la facultad misma de conocer; ella nos ha suministrado principios absolutos, y estos principios absolutos nos han conducido á verdades absolutas. El sentimiento, que tiene algo á la vez de la sensación y de la razón, ha encontrado lugar entre la una y la otra. Fuera de la conciencia, pero siempre guiados por ella, hemos penetrado en la región del sér, y hemos ido naturalmente del conocimiento á sus objetos, por el camino que sigue el género humano, y que Kant ha buscado en vano, ó mejor, que ha desconocido. Después de haber recordado todas las grandes verdades metafísicas, estéticas y morales, nos hemos referido á su



principio; con la humanidad hemos pronunciado el nombre de Dios que lo explica todo, porque él lo ha hecho todo, porque todas nuestras facultades lo reclaman; la razón, el corazón y los sentidos, y porque es el autor de esas mismas facultades.

Esta doctrina es tan sencilla, existe de tal modo en todas nuestras potencias, se halla tan conforme con todos nuestros instintos, que apenas parece una doctrina filosófica, y al mismo tiempo, si la examináis de cerca, si la comparáis con todas las doctrinas célebres, encontrareis que se asemeja y que difiere, que no es ninguna de ellas y que las comprende todas, que espresa precisamente la parte que les da vida y que las sostiene en la historia. Pero no es este sino el carácter científico de la doctrina que nosotros presentamos; tiene además otro carácter distintivo que os lo recomendamos muy particularmente. El espíritu que le anima es el que inspiró en otro tiempo á Sócrates, á Platon y á Marco Aurelio; que os hace latir el corazón cuando leéis á Corneille y á Bossuet, que distinguís por todas partes en Reid, sostenido por un buen sentido admirable, y en el mismo Kant, aun por encima de los obstáculos de su metafísica, á saber: el gusto de lo bello y de lo bueno en todas las cosas, la pasión de la honradez, y el ardiente deseo de la grandeza moral de la humanidad. Sí, no temamos en repetirlo, ese es el punto hácia el cual nosotros tendemos; el fin á que se refieren todas las partes de nuestra enseñanza y el pensamiento que le sirve de vínculo, y es el alma de nuestra obra. ¡Que tengáis siempre presente dicho pensamiento, que os acompañe como un amigo fiel y poderoso por doquiera que la suerte os conduzca, ya bajo la tienda del soldado, ya

en el gabinete del jurisconsulto, del médico, del sábio, del hombre de letras, como tambien en el taller del artista, y que os recuerde, en fin, el que ha sido á vuestro lado su sincero aunque débil intérprete!

FIN DEL CURSO.